

tiempo de nuestra redencion; los Cielos llovieron al Justo, se obró la reparacion tan deseada; es preciso ahora que cada uno nos la procuremos y apliquemos; es necesario que el Salvador venga á cada uno de nosotros por su gracia, que nos visite desde lo alto; y en vano esperaríamos que nos visitase si no nos preparásemos con santos deseos, con suspiros y fervorosos votos. Este Rey de la gloria no entra en las almas terrenas, en las almas que se alimentan de la tierra, porque todos sus deseos, sus esperanzas y pensamientos son de la tierra; quiere corazones abrasados en el divino amor, almas que suspiren por Él. Suspiremos, pues, llamándole en nuestro auxilio con los deseos de la Virgen Santísima.

¡Virgen adorable! nosotros sabemos que siguiéndoos no nos perdemos; que imitándoos, nos salvamos; que implorando vuestra clemencia, os encontramos; y que con Vos, en Vos y por Vos es nuestro el reino de los Cielos. Haced, pues, que, imitando vuestro ejemplo, nuestros pensamientos estén fijos en Dios, y que nuestros afectos se dirijan á Dios; haced que suspiremos por nuestro Salvador, que venga á visitarnos con su gracia, y que reine siempre en nuestros corazones, para que podamos reinar con Él en la gloria. *Amen.*

EXPECTACION DE LA VIRGEN MARÍA.

DISCURSO II.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

Mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio.

(Luc. I, 47.)

No admite duda que, desde el momento en que tuvo María la gloria de concebir del Espíritu Santo y ser Madre sin cesar de ser virgen, este inefable misterio ocupó habitualmente sus pensamientos, su corazon y su alma; y que la presencia, la vista de un Dios encarnado en su seno suscitó frecuentemente en su ánimo santos transportes de admiracion, de gozo, ternura y agradecimiento: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Si tanto brillaron en Ella estos grandes sentimientos religiosos en la célebre visita que hizo á su prima Isabel, ¿con qué acrecentamiento de fervor y amor no se manifestarian al aproximarse su alumbramiento, y ante todo, en el dichoso instante de la natividad de su divino Hijo? En el tiempo en que estamos, este es un hermoso asunto digno de meditacion é instructivo para las almas devotas que atiendan á su mayor bien. Ocupémonos pues de él; pero pidamos ántes los auxilios de la gracia. *A. M.*

Ningun modelo tenemos más excelente y perfecto, despues de Jesucristo, que su incomparable Madre, criatura la más eminente en gracias, en luces y en santidad. Así, pues, el mejor modo de prepararnos para que nazca Jesucristo en nosotros es, participar de antemano de los sentimientos y disposiciones de María. Antes, en varios puntos de la cristiandad, principalmente en España y ahora en todas las iglesias católicas, celébrase con este espíritu una fiesta particular en honor de la Santísima Virgen con el título de la *Expectacion*, ó es-

pera de su parto. ¡Y qué sentimientos fueron éstos! ¡Cuáles serían las disposiciones de María, en un acontecimiento tan interesante para Ella y para el universo! En él halló, á un tiempo, grandes motivos de gozo y ocasiones de muy amargos sufrimientos. Verdad es, que no habiendo participado del pecado original, como tampoco de la concupiscencia; que habiendo concebido del Espíritu Santo sin mengua de su virginal pureza; que llevando en su seno á un Hombre-Dios, al autor mismo de la vida y de la gracia, no estuvo sujeta á la maldición de Eva y á su castigo; que no sufrió como las demás hijas de Adán las incomodidades, disgustos, desmayos, dolencias, dolores y peligros de la maternidad. Sin embargo, para el ejercicio de su virtud y para instruccion nuestra, sufrió y sostuvo con valor algunas pruebas.

En primer lugar, la inquietud y el peligro de pasar por criminal á los ojos de su casto esposo, á quien estimaba y quería, cuya delicadeza conocía y cuya virtud respetaba. José advirtió que María estaba en cinta, y sabía que debía de ser virgen: ¿cómo salvar, pues, su honra y su inocencia? Tamaño prodigio no era para creído bajo la palabra de la persona interesada. Por lo tanto, María hubo de sufrir en silencio, viéndose expuesta á la más humillante afrenta, sin osar, sin poder justificarse. Por eso hizo Dios un nuevo milagro, aunque no se lo había prometido.

En segundo lugar, un edicto de César, una ley soberana, que la obliga á dejar su morada de Nazareth, para trasladarse á la ciudad de David por un camino penoso, en una estacion rigurosa, al aproximarse el término de su embarazo, sin ninguna de las comodidades que exige su estado y que su pobreza la niega.

Además, la humillacion de las negativas, de los desprecios y repulsas que sufre en Belén, donde se ve rechazada y abandonada de todos, en un estado que debería excitar la compasion y la caridad hasta entre los bárbaros.

Por último, la desnudez, miseria é incomodidad del establo donde se ve precisada á retirarse, para dar á luz á un Hijo, de quien no fueran bastante dignos los alcázares reales.

María siente vivamente todas esas mortificaciones, todas esas incomodidades, todos esos apuros y humillaciones, todos esos disgustos y penalidades; pero son otras tantas ocasiones de méritos y medios de santificacion; es la voluntad de Dios y la disposicion de su providencia; es la economía de los designios del Cielo en la obra de la Redencion del mundo, y una medida conforme con el espíritu de este

misterio; eso basta: María lo lleva todo con resignacion, con humildad, paciencia y valor, santamente solícita por unir su estado y sus disposiciones á las humillaciones de su divino Hijo.

En ese oscuro y humillante estado, en ese pobre establo espera pues María con santa impaciencia, la consumacion de la obra de Dios y el próximo nacimiento del Mesias, á quien tiene la dicha y la gloria de llevar en su seno, desde hace nueve meses. ¿Quién pudiera decir todo lo que pasó interiormente en Ella durante aquel último día? ¿Quién podrá comprender sus íntimas comunicaciones con Dios, la profundidad de su contemplacion, la sublimidad de sus pensamientos, los sentimientos afectuosos de su corazon, la viveza de su fé, la solitud de su esperanza, la grandeza de su amor, el ardor de sus votos y suspiros, los arranques de su alma absorta en Dios, y enajenada por el deseo de ver cumplirse, en fin, los oráculos de los profetas, y aparecer en la tierra el Salvador del mundo?

¡Y qué incremento de fervor y éxtasis en el dichoso instante en que el divino Salvador sale de su seno virginal sin alterar ni afectar su integridad! ¡Qué arrobamiento cuando ve de repente en su amado hijo al Hijo mismo de Dios, y al hijo más hermoso de los hombres! Su espíritu queda arrebatado de admiracion y sus sentidos se estremecen de alegría: sus encantados y enternecidos ojos no se cansan de contemplarle. Adórale con veneracion, como á su Dios; bésale enajenada, como á su hijo; derrama sobre Él lágrimas de ternura, como sobre una víctima; ofrécele al Señor con amor generoso, y su corazon se inflama de nuevo en los vivos sentimientos de religion y agradecimiento que Ella expresaba ya tan notablemente con un cántico admirable en el día de su visita en la casa de Isabel.

Magnificat anima mea Dominum (1). Mi alma admira y glorifica al Señor. Publique mi voz sus grandezas y maravillas. Alabado y bendito sea su santo nombre. Suyos son la majestad, la fuerza, la sabiduría, el poder y la gloria.

Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. Mi corazon se dilata y se regocija en Dios, autor de mi salvacion. Él es el objeto de mis complacencias, de mis afecciones, de mi amor, de mis acciones de gracia y de mis alabanzas.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ. Porque tendió una mirada de bondad y de predileccion á su humilde sierva, para honrarme con un favor infinitamente superior á la condicion humana, elevándome

(1) Luc. 1.

con su gracia y su eleccion á la eminente dignidad de Madre de Dios.

Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes. Por eso todas las generaciones admirarán y exaltarán mi dicha. Desconocida ahora y oculta para el mundo, poco ambiciono sus miradas, su aprecio, sus alabanzas; pero Dios mismo manifestará la asombrosa maravilla al universo, el cual bendecirá en mí á la madre más favorecida y dichosa.

Quia fecit mihi magna qui potens est. En efecto, el Omnipotente obró grandes cosas en mí y para mí. Una hija de Jacob, que es la hija querida del Altísimo; una mujer casada y fecunda que es siempre vírgen; una vírgen madre que ha concebido del Espíritu Santo; una madre mortal que es madre de Dios; una humilde sierva exaltada sobre todos los soberanos del universo... ¿Hubo nunca en mi sexo semejante prodigio de gracia y encumbramiento?

Et misericordia ejus à progenie in progenies. Pero aún más me mueve, más me interesa la salvacion del género humano y la grandeza y extension de la misericordia del Señor, cuyo instrumento soy, que este encumbramiento, este exceso de gloria y felicidad personal. El inenarrable misterio de la redencion del mundo, que comienza á cumplirse con mi cooperacion, es de ello la prenda más caracterizada, más excelente, más eficaz; y perpetuará sus frutos de edad en edad, hasta las más remotas generaciones.

Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiae suae, sicut locutus est ad patres nostros. Sé lo que Dios protector de nuestros padres hizo en otro tiempo para libertar á los hijos de Israel; pero en este último acontecimiento se ha acordado con especialidad de su misericordia y sus promesas para librar gloriosamente á su pueblo, no ya de la esclavitud de Egipto, sinó de la servidumbre del demonio y del pecado. Todos los verdaderos hijos de Abrahán, que su único Hijo acaba de salvar particularmente, van á ser tambien su conquista y su herencia por una nueva alianza mucho más honrosa, hasta el fin de los siglos perpetuada. Sea glorificado y para siempre alabado y bendito. *Magnificat anima mea Dominum.*

¡Oh santísima y purísima Vírgen, arca de la alianza, aurora del Sol de justicia, Madre del Redentor, fuente de la salvacion del mundo, refugio de los pecadores, modelo de los justos, reina de los ángeles y de los hombres! ¿Qué corazon seria bastante duro para que no le hiciesen mella los sentimientos de inquietud, tristeza, resignacion, esperanza, gozo, admiracion, ternura, agradecimiento, celo y

ardor de que se penetró tu alma en la memorable época de la nati-
dad de tu divino Hijo? Obténnos en proporción las mismas disposi-
ciones, la misma solicitud, el mismo fervor, los mismos trasportes
de piedad y amor. ¡Oh Madre admirable del Todopoderoso! Tú tie-
nes derechos sobre su corazon y puedes acercarte á su trono confiada
en su favor. Preséntanos, pues, á este Dios de misericordia, que se
dignó encarnarse en Ti y cargar con los achaques de nuestra natura-
leza, para hacernos partícipes de las grandezas de la suya. Su misma
gracia purifique y prepare nuestros corazones para su venida. Haz
que su bondad indulgente reciba en honor de santidad el homenaje
de nuestros votos y acciones de gracia; y que nos aplique los frutos
de su redencion para su propia gloria y eterna salvacion nuestra!
Así sea.